

**DISCURSO DEL RECTOR DE
LA UNIVERSIDAD NACIONAL,
Lic. EDWIN LEON**

Señor

Luis Alberto Monge Alvarez,
Presidente de la República.

Señores embajadores.

Señores diputados.

Señores participantes en este seminario.

Dr. Farid Ayales,

Director de la Escuela de Relaciones
Internacionales.

Jóvenes estudiantes.

Señores y señoras.

La Universidad Nacional y su Escuela de Relaciones Internacionales sienten una profunda complacencia en propiciar este seminario, en el que se analizarán con objetividad y con todo rigor académico las relaciones entre Estados Unidos y Centroamérica.

En nuestros días, pocos temas pueden tener más significado que el estudio de la política exterior de Estados Unidos hacia América Central. A través de su estudio encontraremos la clave para explicarnos los problemas sociopolíticos y las perspectivas históricas de la región.

Las relaciones entre Estados Unidos y Centroamérica se incrementaron considerablemente después de la independencia de España en 1821. El siglo XIX fue escenario de las tendencias expansivas norteamericanas hacia un área geopolítica clave como es la cuenca del Caribe. Sin embargo, Estados Unidos, en esta tendencia expansionista, sólo consiguió éxitos parciales. La expedición del filibustero William Walker hacia Nicaragua, en 1855, debió enfrentarse a la oposición de los países centroamericanos y a la negativa de Gran Bretaña, la mayor potencia mundial del siglo XIX, quien trataba de neutralizar la influencia norteamericana. Hasta finales del siglo XIX, Gran Bretaña y Estados

Unidos compartieron el balance del poder en Centroamérica: la primera con gran influencia en la política exterior de Guatemala y Costa Rica, y el segundo en Nicaragua, El Salvador y Honduras.

Con el advenimiento del siglo XX, el centro de gravedad político mundial, que había estado en Europa, comienza a desplazarse poco a poco hacia Estados Unidos. En efecto, la gran expansión industrial de Norteamérica, la convirtió en la potencia dominante en Centro América, y pronto su política exterior se orientó hacia la llamada "diplomacia del dólar", con su correlato en el "big stick" o "gran garrote".

En virtud de la primera, los intereses económicos norteamericanos debían ser cuidadosamente custodiados, y el orden militar —normalmente la marina de guerra— les daba la seguridad necesaria. En estas circunstancias, Centro América se vio penetrada por el capital norteamericano: la United Fruit Company y otras compañías controlaron la producción bananera; desde Honduras, la Rosario Mining Company dominaba la extracción de metales preciosos. En Guatemala, El Salvador y en Honduras, los ferrocarriles pasaron a ser propiedad norteamericana. Poco después en todo Centroamérica, la producción y venta de energía eléctrica, así como el sistema de telecomunicaciones pertenecían a una sola empresa norteamericana.

Para defender estos desbordados intereses, la presión militar ejercida por los "marines" se manifestó y se hizo presente, con intervenciones directas en Nicaragua, Honduras y Panamá.

Muchos intentos por cambiar el orden de cosas, como por ejemplo la política del "buen vecino" de Teodoro Roosevelt, acabaron con la

intervención militar directa. Sin embargo, aparecieron como sustitutos las "guardias pretorianas", como la Guardia Nacional de Nicaragua, la que, bajo la dinastía de Somoza cometió toda clase de tropelías y conculcó los derechos humanos.

Aún a mediados del siglo XX y hasta la década del 60 los gobiernos militares del área eran respaldados por la política exterior de Estados Unidos, ya fueran generales guatemaltecos, coroneles salvadoreños, o la familia Somoza en Nicaragua.

La llegada de los Kennedy al gobierno y posteriormente la de Carter mostraron los primeros intentos de cambios serios en la política exterior norteamericana. Este cambio se manifestó, particularmente, en sus preocupaciones por los derechos humanos, por la necesidad de establecer gobiernos civiles y por procurar reformas económicas y sociales en Centro América. Hay que admitir, que si bien esta política no estuvo exenta de contradicciones, logró contribuir a mejorar la imagen norteamericana en la región. Sin embargo, pese a las acciones de ambas administraciones, las añoradas transformaciones políticas y económicas que necesitaban con urgencia los pueblos centroamericanos, no se produjeron con la intensidad que requería la coyuntura de los años setenta y ochenta.

La crisis mundial iniciada hacia el año 1973, golpeó fuertemente a la región. La caída de los precios en los productos de exportación se unió al fracaso del Mercado Común Centroamericano, ya que el modelo sustitutivo de importaciones no sirvió para crear un desarrollo industrial auténticamente nacional. A esto hay que agregar que la guerra entre El Salvador y Honduras, así como el surgimiento de movimientos guerrilleros en el istmo, terminaron por reducir al mínimo las relaciones de intercambio comercial entre los países centroamericanos.

Por otra parte, la política de la administración Reagan hacia Centro América y el incremento de la intensidad de las guerras civiles en El Salvador y Nicaragua favorecieron la solución violenta. A ello debe agregarse la existencia de una deteriorada situación política en Guatemala, Honduras y Panamá.

En toda esta crisis, el tipo de política exterior que Estados Unidos asuma hacia Centro América será determinante para el mejoramiento o deterioro de la situación regional y, en consecuencia, para el establecimiento de una democracia efectiva y una paz duradera en el istmo.

Es necesario entonces que Estados Unidos en su política exterior hacia Centro América incentive reformas económicas en el campo agrario y tributario que contribuyan al mejoramiento de la distribución del ingreso. Hay que tener presente que este tipo de reformas requiere una alta dosis de sensibilidad social de parte del gobierno norteamericano y del sistema financiero internacional —conducido por Estados Unidos— sobre todo, cuando se trata de buscarle una salida al gigantesco problema de la deuda externa.

A las reformas económicas y sociales, debe unirse una actitud nueva de parte de Estados Unidos en el tratamiento de los problemas políticos, especialmente en lo que concierne a dos aspectos:

- 1. El respeto a la autodeterminación de los pueblos y a la utilización del diálogo como medio de negociación con miras a crear condiciones óptimas para una paz estable en Centro América.*
- 2. La defensa de los derechos humanos y el establecimiento del sufragio, como mecanismo básico para el establecimiento del sistema democrático en la región.*

Para concluir quiero contarles una anécdota. En marzo del año pasado, un grupo de universitarios cristianos, de diversas denominaciones, entre ellos católicos, me pidieron permiso para que el señor Pablo Finkenbinder, conocido en los medios cristianos como el "Hermano Pablo", diera un mensaje cristiano en el campus universitario. Concedí el permiso convencido, como estoy, de que la Universidad debe abrir sus puertas a todo el que quiera decir algo, sin miedo a la represión, a todo el que quiera transmitir un mensaje de amor a la humanidad o levantar una oración al cielo por la paz y por los hermanos pobres del mundo, no importa de qué religión provenga esa plegaria.

Estoy convencido de que la Universidad debe abrir sus puertas para que por ellas entren los

vientos frescos de las corrientes de pensamiento del mundo, para que dentro de ella se concilien en un pluralismo fecundo y auténtico. Pero estoy convencido también de que la Universidad, con la misma fuerza, debe cerrarle la puerta al dogmatismo oscuro que le quita al hombre la capacidad y el gusto de pensar, que encadena la inteligencia y que enceguece y mutila mentalmente a los hombres.

En aquella oportunidad recibí muchas críticas por haber concedido el permiso al "Hermano Pablo", inexplicablemente de la misma comunidad universitaria. Alguien me envió una nota violenta diciendo que el "Hermano Pablo" no tenía calidad académica para hablar de Cristo. Me puse a pensar y manifesté, que si Cristo le hubiera pedido el doctorado o la licenciatura a aquellos humildes pescadores del mar de Galilea, nos hubiéramos quedado sin cristianismo.

En esta oportunidad se ha criticado a la Universidad porque se rumoró que vendría de Nicaragua, a este seminario, una persona cuyas ideas políticas y sus actuaciones no podían tolerar algunos costarricenses. Tengo que decir que la invitación que se hizo a las embajadas de los países hermanos para asistir a este encuentro académico, no tenía nombres ni tenía condiciones, y por tanto, cualquier persona designada por su gobierno es bien recibida por la Universidad Nacional.

Mientras yo sea su rector, mantendré mi voluntad inquebrantable para que la tolerancia, el pluralismo y la lucha por la justicia social y por la paz del mundo, se conviertan en el camino sin regreso por donde transiten los estudiantes y los profesores y, en general, todos los trabajadores de la Universidad Nacional.